

NI DE LO QUE NOS ACUSÁIS, NI LO QUE QUERRÍAMOS

- "NI-NI": RETRATO ROBOT DE UNA GENERACIÓN ENTRE DOS AGUAS-¹

[Artículo publicado en el número 66 de la revista Ábaco: “Generación Ni – Ni”, con I.S.S.N.: 0213-6252]

Laura Casielles
(Fotos: TAU MH)

En torno al verano de 2010, dos de los principales periódicos españoles publicaron, cada cual a su modo, sendas series de artículos que elaboraban dos maneras muy diferentes de describir un territorio tan vasto como es el de la *juventud española*.

Por un lado, el diario “El País” retrató, con una repercusión poco usual para un conjunto de reportajes, la generación a la que bautizó con el nombre (rápidamente adoptado en las conversaciones cotidianas) de “preparados”. Decenas, cientos, de veinte y treintañeros que sienten que el lugar social -entendiendo por ello una compleja mezcla de situación laboral, posesiones materiales y estado espiritual- que han alcanzado tras años de esfuerzo no es el que esperaban. Un mundo entero de licenciados subcontratados, de doctores sin plaza fija.

Por otra parte (un poco antes en el tiempo pero se podría decir que a la vez en el espacio de nuestras conciencias), otro periódico, en este caso “Público”, nos mostró cada día durante un mes el retrato de un joven. Bajo el título de “Tráfico de Hormonas” y la firma de la escritora Luna Miguel, tuvimos acceso a un universo completamente distinto de aquel. El mismo rango de edad daba en este caso lugar a un colorido



panorama de la vida *cool* de la capital. En esta serie veíamos desfilar a muchachas y muchachos que siempre aparentaban ser más jóvenes de lo que en realidad eran, con profesiones creativas o la posibilidad de no tener ninguna sin culpa ni problemas. Asiduos de discotecas y clubs, de galerías

¹ Para realizar este artículo, se ha utilizado un método muy propio también de *esta generación*. Una llamada en Facebook sirvió para reclutar a una treintena de personas que se sentían aludidas por el planteamiento y me regalaron generosamente su tiempo respondiendo a una amplia batería de cuestiones sobre su pensamiento y modos de vida. No todo lo que se trató ha podido quedar reflejado en estas líneas, pero sus ideas fueron indispensables para evitar que mi visión fuera sólo el espejo de mi círculo más próximo. A todos ellos, gracias: si hay algo de cierto en esta reflexión, en buena medida os pertenece.

de arte y tiendas de moda retro, con un toque irreverente y otro indescifrable, eran la generación que había hecho tangible lo que siempre hemos visto en televisión.

Ambas series fueron pasando de mano en mano y comentario en comentario. A través de redes sociales, cafés de media mañana y otras correas de transmisión, los jóvenes supuestamente aludidos por ellos los comentábamos. Había quienes, alegres como el que se ve favorecido en una fotografía, se sentían perfectamente identificados con una o la otra de las perspectivas.

Pero otro amplio sector sentimos en esos días que nos habíamos quedado sociológicamente huérfanos. Flotábamos en el limbo de lo no categorizado.

No nos habrían entrevistado en “El País” porque desde que nos conocemos no hemos parado y tampoco tenemos la costumbre de preparar demasiado a dónde queremos ir. No habríamos podido entrar en “Tráfico de Hormonas” porque ni la voluntad nos lleva por ahí ni el tiempo y el dinero nos lo habrían permitido, de haber sido de otra forma.

Ni tenemos síndrome de Peter Pan ni hemos culminado aun la traición de Wendy.

Ni post-adolescentes ni pre-parados, fue entonces cuando (simultáneamente quizá en muchos hogares españoles), caímos en la cuenta de que éramos lo que se englobaba con un tercer sambenito.

Se nos ocurrió con espanto que quizá éramos a los que se refieren cuando dicen: “generación Ni-Ni”.

“Ni estudia ni trabaja”, comentan de nosotros como rasgo genérico. Entendemos por qué: es cierto que quizá no fichemos cada día ni en las aulas ni en las oficinas tal y como nuestros padres las conocieron. Pero resulta iluso pensar que, en un país del que no para de decirse que sus cimientos están siendo comidos por la crisis, centenares de personas entre quince y treinta y cinco años puedan permitirse estar apoltronados en sus casas viendo las horas pasar.

¿No será que se ha colado algo por los resquicios del análisis?

Referirse a toda una generación con un epíteto de este género es, además de una simplificación ingenua, una herramienta política. Es decirnos que *las cosas son de un cierto modo* y que si no nos ajustamos (porque no queramos o porque la vida no nos deje) a ese modelo que nos hemos visto obligados a heredar, estaremos fuera de lo que la sociedad abraza.

Hay entre los nacidos en los 80 y alrededores, entre los que hoy tienen entre veintipico y treintaypocos años, pre-parados y post-adolescentes. Hay quien ni estudia ni trabaja, como lo ha habido siempre. Hay quien estudia y trabaja, como siempre lo ha habido. Hay quien trabaja. Hay quien estudia. Pero, tejiendo todo eso, resbalando su vida por el margen de las categorías, hay quien viaja, quien crea, quien disfruta, quien ama, quien teme, quien pelea, quien lee, quien ve, quien desespera. Y esos verbos, según entendemos (¿será esa nuestra peculiaridad generacional?), definen a un grupo mucho más que las casillas que se marcan al hacer burocracia.

Lo que sí es cierto es que esta generación, llamémosla equis, para hacer lo que sea de todo eso, no lo tiene fácil.

Si nos decís que somos "Ni-Ni", diremos: "de acuerdo. No somos ni de lo que nos acusáis ni lo que querríamos".

“Y hemos venido a contaros por qué”.

NI DENTRO, NI FUERA

En algún momento entre el contrato con el que empezaron a trabajar nuestros padres y el primero que firmamos nosotros, la palabra “contrato” cambió de sentido.

Está el problema del desempleo, claro. Uno de cada tres parados tiene menos de treinta años, dice la última encuesta de población activa. Pero a su lado está el problema del empleo. En el mismo sondeo, según recogió sus resultados la prensa, “dos de cada 10 jóvenes entre 20 y 30 años declararon que su contrato duraría entre cuatro y seis meses. El 15%, entre uno y tres. El 28% no lo sabía”.

En un clima de inseguridad, escuchamos decir a todas horas: “agárrate a lo que tengas, peor sería caer”. Y nos agarramos. Midiendo el año en trabajos temporales, nos hacemos autónomos para ser contratados. Sin cotizar hasta los cuarenta, el mileurismo es un horizonte de comodidad cada vez más lejano. Menospreciados por ser jóvenes, dicen que será peor aún cuando seamos viejos. “Indefinidos” según lo que decía donde firmamos, ni queremos quedarnos, ni nos atrevemos a irnos.

“Ni estudia, ni trabaja, es un becario”: vive en el limbo de que ni le paga para quien trabaja ni trabaja para quien le paga; ni, en fin, trabaja -se podría decir, porque “los becarios están ahí para aprender”-; ni, en suma, cobra -se podría decir, “porque lo que le dan es una beca, no un salario”. Ni le pueden echar ni le van a contratar. Y cuando acaben estos seis meses, otros seis en otra parte: encadenando becas hasta cumplir la edad límite de los requisitos.

Generación de subvencionados, nuestra situación laboral parece a veces lo más en materia de rizar el rizo.

No estamos ni dentro ni fuera.

Pero más allá de la precariedad, somos la generación que ha tenido que aceptar que la palabra “empleo” había cambiado de contenido. Las profesiones a las que uno se habría dirigido normalmente ya no dan puestos de trabajo. Así que creamos pequeñas empresas, hacemos colaboraciones *freelance*, contratos por obra, tenemos una beca para acabar



la tesis que ayudará más bien a pasar el invierno, damos clases particulares al salir de la oficina y nos las apañamos para que nos den algo de pasta de vez en cuando por el tipo de trabajo creativo que sepamos hacer –páginas web u orquestas para bodas, premios de literatura o venta de retratos en el rastro-.

¿”Generación Ni-Ni”?

Más bien generación “Y, y, y también”.

NI NOS FALTAN DIPLOMAS, NI NOS SIRVEN DE GRAN COSA

Había un libro cuando éramos niños que se llamaba “Renata toca el piano, estudia inglés, y etcétera, etcétera, etcétera”. Así fue nuestra infancia. Empezamos a estar sobrepregados a los cinco años. (Aunque entrara la LOGSE y digan que, en realidad, “no sabemos nada de nada”).

Generación forjada en las actividades extraescolares, cuando llegamos a la Universidad nos dijeron: “mejor una doble titulación que una simple”, nos dijeron “haz fútbol-voluntariado-cineclub, porque lo que va a contar en el currículum es lo que hayas hecho aparte de la carrera”, nos dijeron “sin un máster nadie te va a dar trabajo hoy en día”.

(Porque, por supuesto, nos dijeron, como si no existieran los oficios: “ve a la Universidad, puedas o no, quieras o no, porque *puedes permitirte y mal no te va a hacer*”).

Nosotros, que nos habíamos librado de tantos condicionamientos, nos echamos encima el peso de una exigencia excesiva. El “y etcétera, etcétera, etcétera” de Renata ha creado una generación de ansiosos.

Ahora, una leyenda urbana dice que para conseguir empleo es útil mentir a la baja en el CV, quitarse titulaciones.

Acumulamos diplomas: carreras, másters, cursos, especializaciones. Pero ha llegado Bolonia con la rebaja y lo que se nos pide es eficacia, conocimiento práctico. *Haber trabajado antes*.

Curiosamente, cuando se nos pregunta², situamos casi invariablemente como primera de nuestras preocupaciones sociales el estado de la educación en este país.

¿Seremos quizá la última generación que haya creído en la Academia?

NI BILLETE DE VUELTA, NI GANAS DE QUEDARNOS

Otra cosa que nos dijeron mientras crecíamos fue: “internacionalizáos”. Para los más mayores de nuestra generación, el interrail, el Erasmus o las becas de posgrado en el extranjero empezaron a ser una posibilidad. Para los más jóvenes, un rito de paso indispensable para el *éxito*.

“Tenéis que saber idiomas”, nos recomendaron, “tenéis que tener mucha flexibilidad para ir a dónde diga vuestro jefe”. Y a nosotros, que crecimos intentando entender qué era ser *uropeo*, nos pareció muy bien. Y como viajar, vivir en el extranjero, son indudablemente experiencias enriquecedoras en una vida cualquiera, hicimos contentos las maletas y no nos preguntamos por qué nos lo estaban diciendo.

Nadie dijo: “hey, qué casualidad, ahora que todas las empresas son transnacionales, nos educan para que nos dé igual vivir en Alemania que en Bangkok”.

Porque de eso se trata: nos da lo mismo. Una Séneca, un Erasmus, tres becas Faro distintas. Con veinticinco años has vivido en seis ciudades. Tienes amigos en treinta. Y entonces, ¿qué más te da? Cuando no quieras separarte de alguien, lo más fácil será pedirle que por favor te ayude agarrando el otro lado del baúl.

Y, mientras tanto, el hombre de traje manda a las chicas de Madrid a trabajar a París y a los chicos de París a trabajar a Ginebra. Cuando vives de hotel produces más.

2 Ver nota 1.

Es un mito que todo el mundo pueda, por supuesto. Este nuevo Dorado es para la clase media: se irá de intercambio en segundo de carrera quien pueda tener una ayuda extra de sus padres, sabe idiomas el que se ha pagado academias.

¿Y entonces? Frustraciones y desigualdades. La gente de recursos humanos quiere ver la mención Erasmus en tu currículum. La gente de recursos humanos quiere saber que estarías dispuesto a irte.



Y entremedias, en algún punto del vuelo, esta generación dejó de aprender de lo extranjero. Quizá sólo es iniciático el primer viaje.

Ciudadanos de la diáspora, habituales precoces del puente aéreo, ¿exploramos aún? ¿O construimos más bien una burbuja de *normalidad* en cada ciudad que habitamos?

Raros son los sabios que mantienen las maletas abiertas a lo desconocido. A partir del segundo, del tercer destino, la mayoría sólo quiere que el lugar se parezca lo más posible a una casa.

Porque nos dijeron también otra cosa: “haced esto *ahora que podéis, ahora que sois jóvenes*. Luego volveréis y tendréis una *vida normal*”.

Así que nosotros nunca nos llamaríamos emigrantes. Hemos viajado para estudiar, para trabajar, porque era la norma social de nuestro tiempo. “Pero eso”, nos decimos como para convencernos, “es algo muy distinto de emigrar”.

NI CASA EN PROPIEDAD, NI AHORROS EN EL BANCO

No paran de anunciarlo: “somos la primera generación que vivirá peor que sus padres”.

Pero no lo acompañan de otros datos: “Somos la primera generación que creció en una España en la que ya se había implantado de manera absoluta e irreversible el capitalismo”; “somos la primera generación cuyos padres hipotecaron treinta, cincuenta años de sus vidas, en un mundo de intereses al alza”; “somos la primera generación que nació en un *boom* y se independizó en un *crash*”.

“No vas a tener casa en la puta vida”, rezaban las pancartas de las manifestaciones en los años en que nos llegaba el momento de irnos de la de nuestros padres. Aunque en su base las reivindicaciones tenían todo su sentido, lo cierto es que a la vez nos estaban contando dos cosas más: que *debíamos* desear tener casa en propiedad, y que no íbamos a *poder* cumplir ese deseo.

Una vez más, el análisis estaba viciado por el paradigma de la generación anterior. En el modo de vivir de los 2000, no son los bienes muebles e inmuebles los cuantificadores del “bienestar”. Generación *low cost, fast food* y *2.0*, tenemos todas las facilidades para consumirlo todo sin tener

un duro. Paga a plazos, paga poco, rasca y gana, pero, sobre todo, no dejes de consumir.
¿Vivimos peor que nuestros padres cuándo tenían nuestra edad? ¿O vivimos de otra manera?
Ellos, ajustados para pagar la hipoteca, no tenían dinero para comprar el periódico. Nosotros, llegando justos para el alquiler, buscamos wi-fi en los bares que lo dan con el café.
Ellos, preparando oposiciones, ahorran para un Ford Fiesta. Nosotros, viviendo de la quinta beca, nos gastamos 60 euros al mes en el abono de transporte.
Ellos, enfangados en un crédito, escrutaban los precios en el súper. Nosotros, en números rojos, escrutamos los precios en el súper.

Porque, como ellos, tenemos poco dinero. Pero la diferencia es que, el que tenemos, nos lo gastamos: porque todo es caro hoy y porque, quizá, hemos malaprendido a necesitar más cosas. Esta generación no ahorra. La cuenta del mes suma al alquiler, la luz y el agua también la factura de Internet, la del móvil, el abono del metro, la cuota de las aficiones.

Lo que sí que quizá tenemos son peores perspectivas. Sin casa en propiedad ni ahorros en el banco, no nos hemos quedado tampoco con un desván lleno de cosas que vayan dejando el rastro de nuestros gastos. Porque nuestra generación, “la primera que vivirá peor que sus padres”, es la primera también a la que le parece normal que le vendan aire. Pagamos alquileres, bonos, cuotas, *iTunes*.

No nos compramos una televisión: pagamos mensualidades de una *cuenta Premium de Megavideo*.

¿Vivimos peor que nuestros padres cuando tenían nuestra edad?

No: para bien o para mal, vivimos parecido -salvando las distancias que marca el consumismo que siempre crece-. No hemos aprendido mucho en materia de desapego.

Pero a ver cómo hacemos para vender, cuando vengan mal dadas, el abono de metrobús de noviembre de 2008 como quien vendía el Ford Fiesta.

NI PERDIDOS NI ECHADOS A PERDER

Dicen también que la crisis ha dado lugar a una generación perdida. Tememos que con eso también hablan de nosotros.

Ni perdidos en nuestro rumbo ni echados a perder por las circunstancias, no salimos en las estadísticas porque contamos, de otro modo y cada cual a su manera, la muy diversa y polimorfa historia de una generación entre dos aguas. Nuestras vidas, marcadas por los rasgos -buenos y malos- de su tiempo, no habrían tenido esta forma hace cincuenta, treinta años. Por las mismas razones, cuando los modelos de hace treinta, cincuenta años, se aplican en la valoración de nuestras vidas, las piezas no encajan.

Pero creemos que nuestros días, que podrían resumirse de muchas formas, lo que no son en ningún caso es una conjunción de negaciones.

Sabemos a dónde vamos, pero no es fácil. Se nos va mucha energía en pensar en cambiar de trabajo, en buscar un piso más barato, en la precariedad emocional de no saber dónde estaremos el próximo enero. Se nos va mucha energía en repartir currículums, en hacer cuentas, en compaginar horarios, en reordenar en la cabeza las expectativas que se diluyen de la moto que nos vendieron.

“Ni de lo que nos acusáis ni lo que queríamos”, simplemente tratamos de hacer lo mejor que sabemos con la época, llena de “noes”, que nos ha tocado en herencia.

Ni más ni menos, como todos los demás.

EPÍLOGO: NI EJEMPLOS NI CONTRAEJEMPLOS (OCHO MUNDOS QUE NO SE REDUCEN A UN NOMBRE)

*Puedo estar orgulloso.
Se cae la casa
pero mis hijos huyeron al bosque
con la cabeza llena de pájaros.*
(Manuel Rivas)



Noelia Palacio, 25 años, estudió psicología “como segunda opción a una vocación que en su momento consideré frustrada: la medicina”. En segundo de carrera, pasó cuatro meses en Mumbai, India, trabajando con niños con necesidades especiales. “Las oportunidades prácticas en algunos servicios multidisciplinares me pusieron enfrente el mundo de la psicooncología, que es al campo al que me dedico actualmente”. Trabaja en prácticas en la unidad de oncología médica en el hospital de Santander y hace un máster de psicooncología. Además, da cursos de memoria a grupos de la tercera edad y es miembro del grupo de psicología del servicio de emergencias y catástrofes (el 112) de Cantabria. Prepara el PIR (“el MIR de los psicólogos”), “para acceder a una de las 135 plazas que se ofertan a las 3200 solicitudes de este año”. “Ante todo esto, mis sobrinas junto con la montaña y la escalada en buena compañía, son mi terapia personalizada en el día a día”.

Isabel Fernández, 26 años. Colegio de monjas y bachillerato internacional mediante, acabó estudiando ciencias políticas. Luego vinieron los foros sociales y la colaboración con ONG’s. Erasmus en Bruselas. Máster de diplomacia en el Colegio de Europa. “Antes de que se me olvide: conocí a mi pareja al terminar la tesis, recuerdo que hacía una noche de verano belga y salimos a celebrarlo”. Todo ello dibujaba una flecha apuntando directa a su primer trabajo: unas prácticas en la Comisión Europea. Un viaje a Mali y Senegal hizo nacer su interés por la cooperación. Combinando ambas facetas, ahora trabaja en la Delegación europea en Rabat, Marruecos. Mientras, estudia un máster a distancia y colabora con una consultora con “pequeños trabajos de investigación sobre cambio climático y financiación de la ayuda internacional”. Acaba de comprarse una casa en Bruselas para tener una base de operaciones entre destino y destino

Candela Guerrero, 24 años, nació “en un barrio obrero de Oviedo”. Estudió trabajo social, “aunque lo cierto es que la mayor formación ha sido en la práctica”. Trabaja en la organización de derechos humanos Soldepaz Pachakuti y tiene claro que “encontrar a la gentecilla linda con la que comparto oficina ha sido de las mejores cosas que me han ocurrido. Soldepaz no es solo un trabajo, es militancia y antídoto para la desesperanza que me ataca día sí y día también con el planeta”. El resto de su tiempo lo dedica a una asociación juvenil local que educa para la participación social, a bailar y a enseñar danza “a bichos de 4 años que quieren ser princesas”. Sobre su vida, añade: “Me gusta pintar mandalas. Me enamoro cada tres segundos, porque en realidad amo la vida y le permito al corazón que dé las vueltas que quiera. Me gusta viajar y creo firmemente que de los viajes nunca se vuelve”. Para ella, “Ni-Ni” significa “Ni se callan, ni se conforman”.

Javier Triana, 27 años, empieza así a contar su biografía: “echando la vista atrás, veo que desde siempre he sido un poco culo inquieto”. “Vengo de una familia modesta, por lo que nuestras vacaciones se limitaban a España y quizá sea por eso que cuando por fin salí al extranjero ya nunca lo dejé y traté de compensar los años anteriores”. Desde los 17 trabajó: camarero, chico de almacén, embalando perfiles de aluminio, montando estanterías en un súper, de cartero, descargando lunas de coches... “Por cierto, repetí primero de bachiller porque me enamoré perdidamente de una chica que pasaba de mí”. Estudió periodismo. “Hacer un máster me permitió seguir formándome en China y gracias al posgrado logré una beca de un año primero, y un trabajo en la FIFA después”. Por irse a Sudáfrica a trabajar para el mundial de fútbol le surgió su actual trabajo: corresponsal de la Agencia EFE en Kenya. “Soy un chico con suerte. Pero la suerte también hay que saber trabajarla”.

Elena Medel, 25 años, empezó a escribir “copiando con atrevimiento los libros nada más terminarlos”. Con once o doce años, descubrió la poesía. Con dieciséis publicó su primer poemario. Estudió Filología Hispánica: “ojalá hubiera optado por Historia o Historia del Arte, que eran mis prioridades reales. Sin embargo, experimenté un considerable síndrome de Estocolmo durante los primeros cursos, e incluso me atrajo la idea de investigar, escribir una tesis algún día, intentar ser profesora universitaria”. Desechada esa opción, se embarcó en la edición, la gestión cultural y el periodismo esporádico: “frente a la historia de la lengua, presente laboral”. Ha podido “cumplir un pequeño sueño: trabajar en casa. Soy autónoma y, como tal, sufro cuando toca pagar el alquiler pero nadie me ha pagado las facturas, y me he acostumbrado a no disfrutar de lujos”. “Aunque escribo casi a diario, cada vez soy más consciente de que podría vivir sin hacerlo, pero no sin leer”.

Javier Fresán, 23 años, se cuenta así: “Nací en Pamplona el 15 de septiembre de 1987, y allí viví hasta los dieciocho. El suicidio de mi madre me enseñó a ser mejor. A los catorce decidí convertirme en matemático, pero en último momento me entraron dudas sobre si no sería preferible ser filólogo. Creo que no me equivoqué. No le he pedido dinero a mi padre desde que me trasladé a Madrid para empezar la carrera. Me gustan los tíos y algunos de mis novios me han cambiado la forma de ver las cosas. Pero mi idea del amor entre hombres está tan alejada del movimiento gay, que no me apetece decir nada más. A los veintiuno escapé a París, y ahí sigo: ahora mismo haciendo un doctorado. Puede que sea mi ciudad, aunque me cueste estar un mes seguido en el mismo sitio. Hablo francés, inglés e italiano. Me maldigo a diario por no saber alemán, pero todavía se le puede poner remedio. Procuro leer cien páginas al día. No siempre lo consigo. Soy un poco adicto al trabajo, pero hay poquísimos trabajos que me hagan perderme una cena con amigos”.

Raúl Barreras dice que sus 24 años son “una narración dividida en bloques que empiezan con el último capítulo, que une todos lo demás. Estudiante de cine en Cuba, aprendo que el comunismo y el capitalismo son solo palabras, que la esencia está en las personas. Antes de eso huí del hippismo, me hice un moderno, quise ser punk y todo para acabar siendo yo mismo. Y poco a poco, uno prueba de todo para construirse: se tiñe el pelo, se tatúa y se hace heridas superficiales”. Antes de llegar ahí, estudió periodismo en Madrid, donde “coleccioné trabajos basura, amigos

circunstanciales, amantes y, sobre todo, supe lo que es conocer a los grandes amigos”. Año tras año, una constante: “He estado obsesionado con las películas desde hace tanto tiempo que ni recuerdo el tanto. El cine ha sido mi refugio, mi inspiración y, ante todo, mi modo de vida”.

Miguel Jordán, 24 años, nació en Madrid. “En el barrio de Orcasitas”, precisa. Estudió periodismo. En segundo de carrera vio por primera el mar, cuando lo cruzó para ir a Marruecos. Para pagarse la matrícula y ese gasto inesperado de los viajes, fabricó helados, sirvió bocadillos, hizo de guardia de seguridad y finalmente fue teleoperador. Lo sigue siendo. “Ciertamente no es nada fácil sacarse una carrera, trabajar, tener novia e independizarse con ella. Cuando conseguí acabar periodismo me sentí muy orgulloso. No he conseguido trabajar en lo que me hubiera gustado, pero mirando a mi alrededor sólo puedo sentirme afortunado y feliz. Con lo que tengo, me da para cerrar y abrir los ojos con la mujer que siempre he soñado, para tomar algo con los amigos, para ver la tele por satélite. Me da para conectarme a Internet desde mi casita y escribirte todas estas palabras, me da para valorar, para pensar y para estudiar una oposición (auxilio judicial) que me permita acceder a otras cosas a las que, de momento, no llego”.

No son ninguna excepción.
No sabemos cuál podría ser la norma.



Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 España](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/)